

---

GIOVANNI LEONARDI (a cura di): *Processi formativi della stratificazione archeologica (Atti del Seminario Internazionale: Formation processes and excavation methods in Archaeology: perspectives, Padova 15/27 luglio 1991)*. Edizione preliminare Saltuarie dal laboratorio del Piovego, 3. Dipartimento di Scienze dell'Antichità. Università degli Studi di Padova, 1992. 416 pp. Figs. + láms. (carece de ISBN).

---

Con el largo y multilingüe título anterior se recogen en edición "preliminar", pero rápida y más que aceptablemente presentada, las comunicaciones de un seminario sobre formación del depósito arqueológico en el que participaron arqueólogos y geoarqueólogos italianos de diversos centros, junto con una pequeña representación extranjera en la que predominaron las contribuciones españolas (C.U. de Teruel y U. de Granada-Campus de Jaén). Junto a trabajos de presentación teórica de diversos aspectos de la formación y componentes de los yacimientos arqueológicos (deposición y post-deposición, estratigrafía, sedimentología, pedología, análisis de fosfatos, antropología física), completan el volumen trece comunicaciones sobre aspectos particulares del tema en proyectos italianos y de otras regiones (España, Tailandia, y Pakistán). Antes de seguir con el resumen de sus partes, es posible advertir que el libro, dotado de abundantísima información gráfica, será altamente valorado por los arqueólogos interesados en la comprensión de los procesos formativos y por tanto de los yacimientos mismos (¿es necesario decir que hoy esta categoría debería incluir a todos los investigadores sin excepción?), y que constituye un paso importante en la elaboración de una amplia teoría que permitan la discriminación de los aspectos culturales y naturales presentes en los restos del pasado.

En el capítulo introductorio, G. Leonardi nos advierte de su posición contraria a la de los importantes trabajos de Binford y Schiffer, demasiado centrados en las relaciones comportamiento-cultura y que por ello olvidan la importancia del mismo depósito arqueológico (lo que, por ejemplo, lleva a una excavación por capas gruesas que necesita una reconstitución estadística a posteriori). Por el contrario, Leonardi, siguiendo la línea marcada por E.C. Harris, no contempla la estratigrafía como un simple "recipiente" de la cultura, sino como "un insustituible factor concausal de la génesis del depósito", defendiendo consiguientemente un tipo de excavación "microestratigráfica" para reconstruir la "historia" del depósito (con todo, se advierte, esta labor es también antropológica, en el sentido de descubrir regularidades o tendencias del comportamiento humano, a través de esas mismas huellas en el depósito). En el resto del estudio se traducen en ejemplos concretos (muro de ladrillos, pozo, fosa, vivienda protohistórica), con gráficos secuenciales muy claros, algunos conceptos fundamentales: contexto (mejor que depósito, "cuenca", *bacino*) de origen y contexto de deposición (no muy diferentes de los contextos "sistémico" y "arqueológico" de Schiffer), para terminar con las ideas de origen "local" y "alóctono" en una nueva aplicación de la variable de área de "captación" de Higgs y Vita-Finzi, aunque introduciendo el concepto de contextos "conceptuales", que incluyen la delimitación

tación de las *causas* socio-culturales que provocaron los diferentes transportes de materiales hacia su definitiva deposición. En otro trabajo teórico del volumen, acompañado por el geoarqueólogo C. Balista (quien antes sintetiza admirablemente en dos breves capítulos las ideas fundamentales de la sedimentología y pedología aplicadas a la arqueología), Leonardi lleva a cabo una reelaboración de los principios estratigráficos de Harris, en lo que llama análisis "conjuntista" (*insiemistica*), y explica el concepto de "filtro post-deposicional" (con un ejemplo de mezcla parcial de estratos a causa de las raíces vegetales), útil para la distinción de los contextos antrópicos y los naturales.

A los anteriores les siguen dos capítulos de autores españoles, que sintetizan para los lectores italianos dos amplios proyectos arqueológicos bine conocidos en nuestro país, por su importancia no sólo histórico-cultural sino sobre todo de "globalidad" metodológica: la prospección intensiva y excavación prehistórica de la zona de Mora de Rubielos en Teruel (por F. Burillo y J.V. Picazo), y la excavación y modélica reconstrucción micro-espacial del *oppidum* ibérico de Puente Tablas en Jaén (por A. Ruiz y M. Molinos). Del primero sólo recordaremos aquí la reconstrucción geoarqueológica de algunos yacimientos parcialmente erosionados como Hoya Quemada, y del segundo el modelo de reconocimiento de los diferentes contextos (aquí llamados "coyunturas" y traducidos por *status*) hasta llegar al original ligado al comportamiento humano prehistórico ("coyuntura cero"), y la relación entre material cerámico y áreas de actividad.

El resto de artículos incluidos en el volumen se refieren a casos concretos de delimitación deposicional. C. Balista y G. Leonardi analizan la estratigrafía de los poblados palafíticos del norte de Italia (yacimiento de Ledro), intentado ir más allá de la polémica sobre la situación original de las viviendas elevadas y describiendo las condiciones de un gran número de posibilidades de depósito y estudio actual en diferentes grados de humedad. También sobre casas elevadas en ambiente húmedo (monzónico), aunque de una región más alejada, es el estudio de R. Ciarla y S. Natapintu sobre el sitio portohistórico de Tha Rae en Tailandia, donde las graves alteraciones post-deposicionales (raíces, insectos) dificultan el reconocimiento arqueológico, en particular la distinción entre estructuras rituales y de habitación. De mayor interés tal vez para el lector hispano sea el artículo siguiente, de nuevo debido a G. Leonardi, sobre la "estratigrafía procesual" de una necrópolis de urnas de incineración en Padova, donde la "micro-excavación" de varias de ellas en el laboratorio permitió la reconstrucción completa de su deposición (mucho más complicada de lo que habitualmente se piensa) y su relación con las áreas de incineración. El mismo tema es también tratado por A. Vanzetti en el siguiente trabajo, que incluye diversos modelos y diagramas de flujo de las necrópolis de incineración.

Varios de los artículos siguientes tratan de áreas de actividad artesanal: la producción de cuentas de collar de ágata en un yacimiento harappense de Pakistán (Khambat) y un taller de forja del hierro de los siglos VI-IV a.C. en el Véneto (Santorso). También dos trabajos se refieren a los sistemas de canales de regadío y drenaje romanos en la zona de Padua; el segundo de ellos, por R. Stocco, incluye un interesante estudio sobre el proceso de relleno de los canales y las labores de arado posteriores. A los anteriores sigue un trabajo de V. Fontana y M. Bagolan sobre el potencial informativo de los fragmentos cerámicos, tras la alteraciones post-deposicionales, en un yacimiento mono-fase (Neolítico de Molino-Casarotto) y otro multi-estratificado (Bronce Reciente de Montebello Vicentino). El volumen se concluye con dos trabajos de síntesis teórica (que deberían ir situados al comienzo con los demás que vimos) sobre el análisis de fosfatos (valioso sobre todo por su contenido gráfico), de M. Migliavacca, y sobre antropología física (recogida de huesos, mediciones, posibilidades de análisis, etc.) de A. Drusini. Finalmente se incluye un interesante cuestionario que fue propuesto a 39 participantes en el seminario y un estudio de las respuestas, de las que yo destacaré tal vez la ubicua preponderancia de la influencia anglosajona en la formación arqueológica del sur de Europa, a juzgar por el mucho mayor porcentaje de libros leídos con esa procedencia (¡pero mucho más Harris que Shiffer!).

En conclusión, estamos ante un libro más que interesante sobre un tema hoy central de la arqueología. Sin olvidar algunos defectos de composición (p.e. falta la bibliografía del artículo de Ruiz y Molinos), recordemos también el carácter fundamentalmente empírico de la mayoría de sus trabajos, que de nuevo nos coloca ante el bienvenido, progresivo y ya irreversible carácter científico de nuestra disciplina. Y un último comentario de tipo práctico: ante la gran cantidad de estudios de este tipo que se publican (muchos en idiomas fácilmente accesibles como el italiano), sería deseable la elaboración de bancos de datos informáticos con vaciados de títulos y resúmenes, pues sólo así se haría posible el acceso a aquéllos trabajos referidos al tema de interés de cada investigador.

VÍCTOR M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ  
Departamento de Prehistoria  
Facultad de Geografía e Historia  
Universidad Complutense  
28040 Madrid

---

LUIS CÉSAR TEIRA MAYOLINI. “*El megalitismo en Cantabria: aproximación a una realidad arqueológica olvidada*”. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander, 1994, 284 pp. ISBN: 84-8102-069-9.

---

Hasta hace poco, los estudios acerca del fenómeno megalítico trataban de solucionar las grandes cuestiones que habían interesado a la comunidad científica en relación con el origen de esta peculiar forma de enterrar y los mecanismos que hicieron posible su extensión por un territorio tan vasto en un lapso temporal relativamente corto. Actualmente, casi por una especie de tácita convención general, se tiende al análisis y caracterización de distintos focos o áreas bien delimitadas que permitan un acercamiento en profundidad a realidades locales.

Y ésto ha sido así porque la complejidad del megalitismo ha ido obligando a buscar soluciones a escala más reducida ante la evidente inoperancia de los grandes planteamientos y soluciones a nivel general.

En esta dinámica debemos entender y valorar la aparición de este libro sobre el Megalitismo en Cantabria, cuyo subtítulo nos introduce en lo que será una de las grandes aportaciones del mismo: dar a conocer una “realidad arqueológica olvidada”. Teira demuestra fehacientemente en el capítulo 2 (Historia de la Investigación) la existencia de una tradición megalítica arraigada en la Cornisa Cantábrica pero que el olvido había convertido en un solar vacío. Desde una óptica restringida ofrece una visión retrospectiva modélica del desarrollo y tratamiento del megalitismo en toda la Cordillera. Además, en una lectura entre líneas, presenta una especie de historia del pensamiento popular e intelectual sobre el término *megalítico* en su acepción más amplia. Un capítulo, sin duda, que lejos de presentarse, como es habitual en muchos casos, como una sucesión bibliográfica sin conexión, se articula magistralmente en torno a las corrientes de opinión e interpretación de cada época. Su lectura es, indudablemente, fuente y espejo en el que pueden o deben mirarse futuros tratamientos historiográficos.

En efecto, la base documental en torno a la que se organiza toda la discusión teórica proviene de la revisión de 150 referencias bibliográficas (o lo que su autor denomina “hallazgos bibliográficos”), de los que han sido contrastados como ciertos 74 que corresponden a auténticos túmulos o menhires y de la prospección intensa del terreno, labor que ha aumentado el número total de evidencias hasta los 144 monumentos.

Con este Corpus General de evidencias megalíticas se cumple el primer objetivo que Teira se propone en su libro: reflejar que Cantabria es una zona más dentro de la Cornisa Cantábrica en cuanto a manifestaciones megalíticas se refiere y que si, en principio, no está a la altura en cuanto a densidades del resto del territorio (700 yacimientos en Asturias y más de 800 en el País Vasco), sí comparte idénticas características en cuanto a variedad arquitectónica y situación ambiental. El hecho de que apenas existan monumentos excavados en la región cantábrica—hecho reconocido en el prólogo como la asignatura pendiente— hace que todo el trabajo se oriente hacia la sistematización de datos descriptivos en torno al monumento y el entorno “en detrimento de planteamientos conceptualmente más interesantes pero carentes de una base documental concreta en la región”.

Sin embargo Teira supera en su discurso teórico claramente la, en algunos casos, parquedad de los datos que utiliza creando un alud de ideas interesantes o cuando menos novedosas. Así, por ejemplo, en el capítulo 4 sobre *El análisis y caracterización*—que no deja de ser, junto con la exposición de los datos, lo más novedoso del trabajo por cuanto nos retrata casi definitivamente la faz del megalitismo cántabro— plantea interesantísimas cuestiones sobre la disposición de los túmulos en el paisaje desde perspectivas diferentes a las de trabajos más elaborados sobre el tema como los publicados por algunos colegas gallegos. *Gradación desde el mar a la montaña; altura sobre el fondo del valle; desde la horizontal al recurso de agua más próximo...* son algunas de las observaciones que Teira explota y que le harán extraer una serie de reflexiones de índole económica (ya en el capítulo 5) como puedan ser la propia independencia de los espacios económicos en relación con el monumento o la existencia de una actividad en torno al monumento en posición inferior a la localización de las tumbas.

Aunque la conclusión final no sea del todo original porque la realidad es la misma que en otras regiones megalíticas, sí es novedoso el planteamiento que extrae de la ubicación de las estructuras y de su asociación. En general ocupan lugares altos, alomados, pequeñas crestas montañosas (quizás en relación con zonas de paso) que ostentan un amplio dominio del paisaje y en donde encuentren una zona alomada sobre la que consolidar el túmulo. Esta última apreciación está en relación con un aspecto que trata inmediatamente (pág. 98 y ss.) referido a la asociación y distribución de estructuras, constatando auténticas necrópolis y una

especie de gradación cronológica y jerárquica en virtud de unas *zonas óptimas* frente a otras marginales dentro de la campa en razón, también, de la naturaleza orográfica a pequeña escala y de la *distancia de respeto* entre ellos. Atendiendo a todos estos considerandos establece para algunas asociaciones de tumbas, por ejemplo Peña Oviedo, una secuencia diacrónica de los distintos túmulos aún cuando las características arquitectónicas obliguen a pensar en una secuencia temporal de utilización de la misma relativamente corta.

En el capítulo 4.4. asistimos nuevamente a una sistematización de datos en cuanto a la organización interna de los monumentos. Tenemos que volver a decir que a un número reducido de datos se le saca mucho partido aunque de forma un tanto descompensada en virtud del desigual conocimiento y definición de todos los componentes de la tumba: túmulo, estructuras propiamente megalíticas y ajuar.

Esta misma descompensación se aprecia en el capítulo 5 referente a la contextualización del megalitismo cántabro en el conjunto de focos megalíticos vecinos. Metodológicamente la intención es correcta e interesante, pero se observa una gran desproporción de tratamiento entre las áreas analizadas: Occidente y Oriente de la Cornisa y la Meseta Norte. La proliferación de datos en relación con los primeros sectores contrasta con la parquedad de los mismos referidos a la Meseta Norte, en especial en lo que concierne a la disposición en el relieve de las tumbas que es el punto de partida para establecer afinidades incuestionables entre toda la Cornisa y plantear una cierta uniformidad de todo el ámbito cantábrico. En cualquier caso, cada vez son más abundantes las publicaciones sobre el megalitismo de la Meseta Norte que ubican los monumentos en su entorno y en donde se pueden rastrear sorprendentes afinidades con otras áreas que obligan a plantear el estudio de estas cuestiones dentro de parámetros explicativos menos localistas.

Con todos los datos Teira, en el capítulo 5.4, realiza una reconstrucción de un ambiente megalítico cantábrico que en algunas cuestiones, como pueda ser el contexto cronológico, es demasiado dependiente de los estudios realizados en áreas vecinas como Asturias, el País Vasco o la Meseta Norte. Ello no puede ser de otra manera debido a que el estudio del megalitismo en Cantabria se encuentra en una fase inicial (de reconocimiento deberíamos decir) que debe tener en breve una mayor continuidad en aras a profundizar en el desarrollo interno de este foco.

El libro que tenemos ante nosotros creemos que más que cerrar ninguna fase de estudio ni ser el fin de un trabajo, es la espuela que debe incentivar la continuación de la investigación y, a la vez, es una garantía de éxito por la enorme proliferación de datos e interpretaciones de los mismos que nos presenta.

MANUEL A. ROJO GUERRA  
Departamento de Prehistoria  
Colegio Universitario de Soria  
Universidad de Valladolid  
Nicolás Rabal, 17  
42003 Soria

---

M. ALMAGRO-GORBEA Y G. RUIZ ZAPATERO (eds.): *"Paleoetnología de la Península Ibérica"*. Complutum, 2-3. Editorial Complutum. Madrid, 1992, 517 pp. ISBN 84-7491-461-2.

---

Hace más de sesenta años, cuando Bosch Gimpera abordó la tarea de emparejar los datos sobre la etnología peninsular, proporcionados por las fuentes epigráficas y literarias de la antigüedad con los datos proporcionados por la arqueología, esa labor se consideraba, al menos, factible: la premisa de la prehistoria de la época era la existencia de una correspondencia entre un pueblo, su lengua, y su cultura material. Los participantes en la reunión celebrada en 1989 en la Universidad Complutense sobre este mismo tema, cuyas actas se recogen en este volumen, emprendieron este mismo trabajo bajo circunstancias muy diferentes. Por una parte, la investigación arqueológica ha avanzado muy considerablemente: hay muchos más datos, y mejor establecidos, que integrar con las fuentes literarias. Fue ese progreso en nuestros conocimientos concretos lo que sugirió a los organizadores la oportunidad de debatir nuevamente el problema. Por otra parte,

el marco teórico fundamentalmente normativista, dentro del cual la tarea cobraba sentido, ha perdido su fuerza. Primero, a raíz de las consecuencias prácticas del desarrollo de la paleoetnología en sus versiones más racistas, la gran mayoría de los arqueólogos se disoció de los aspectos biológicos del concepto kossinniano de "cultura". Luego, los grandes desacuerdos entre quienes se dedicaban a proponer correspondencias entre complejos de cultura material prehistóricos y entidades lingüísticas produjeron un cierto escepticismo en la profesión arqueológica sobre la viabilidad de establecer tales enlaces. Por último, las asociaciones representadas en el registro arqueológico empezaron a ser interpretadas no tanto como el producto de una tradición normativa, cuya filiación podría trazarse de una época a otra, sino como el resultado de unos comportamientos funcionales que se ajustarían a las circunstancias de cada momento. Por lo tanto, la tarea de este volumen debería ser no sólo emparejar el registro arqueológico con las referencias étnicas de las fuentes geográficas e históricas sobrevivientes sino encuadrar esas propuestas dentro de un marco teórico funcionalista.

La mayor parte de este volumen consiste en artículos de enfoque regional: los coordinadores han dividido la Península en zonas geográficas y para cada zona han solicitado contribuciones sobre las secuencias arqueológicas desde el Bronce Final hasta la Romanización, por una parte, y sobre las distribuciones étnicas deducibles de las fuentes antiguas, por otra. Es significativo que estas ponencias paralelas apenas se confronten entre sí. Los historiadores se orientan simplemente a resolver los rompecabezas concretos contenidos en las fuentes clásicas. La posible relación entre sus datos y el registro arqueológico de las respectivas zonas rara vez se discute. En estos capítulos sólo G. Pereira Menaut y M.<sup>a</sup> Pilar González-Conde Puente expresan inquietudes metodológicas sobre la información literaria en sí misma: en general las fuentes se tratan como si produjeran una información transparente y evidentemente superior a lo que pudiera rendir el registro material (al que referirse sería por lo tanto supérfluo). Igualmente, la gran mayoría de los capítulos arqueológicos se limitan a presentar resúmenes de las secuencias arqueológicas de sus regiones sin establecer correspondencias con etnias particulares. Los autores o bien no dicen nada sobre la cuestión o bien dicen que poco pueden decir: "nos sentimos bastante impotentes para superar la barrera entre culturas arqueológicas, en el mejor sentido childeano, y grupos étnicos propiamente dichos" (Delibes de Castro y Romero Carnicero, p. 253); "no es fácil ver una correspondencia clara entre las demarcaciones de los espacios tribales y los elementos de carácter arqueológico, correspondientes a cada una de sus áreas" (Llanos Ortiz de Landaluce, p. 447). Muchas de estas contribuciones son excelentes en sus propios términos (en este volumen, la desigualdad de las mismas es mucho menor de lo que cabría esperar en las actas de una reunión cualquiera), con lo cual el volumen podrá servir como una buena guía del estado de la investigación sobre la cronología protohistórica peninsular, pero el pesimismo metodológico (que también podría llamarse prudencia) de la mayor parte de los participantes inhibe el establecimiento de correspondencias específicas entre entidades arqueológicas y agrupaciones sociopolíticas.

Entre las contribuciones que sí tratan de establecer tales correspondencias pueden definirse dos corrientes principales. Una mantiene las premisas del normativismo tradicional con que Bosch Gimpera, en su momento, abordó el tema. En términos metodológicos se trata de ver cuáles de los elementos arqueológicos de un horizonte cronológico particular pueden acomodarse en sus distribuciones geográficas a lo que las fuentes antiguas nos dicen sobre la ubicación de entidades étnicas. En Andalucía oriental, comentan Pastor Muñoz, Carrasco Rus y Pachón Romero (p. 133):

"existe un tipo de olla, con asa transversal sobre la boca de la vasija, en la zona de dominio turdetano ... Esta dispersión de un tipo cerámico tan concreto, en la parte media del valle del Guadalquivir, debe indicar una uniformidad económica, o de costumbres por lo menos, del pueblo que habitó esta zona" ...

En la cuenca del Duero, las cerámicas a mano decoradas a peine pertenecen al "mundo protovaceo y protovetón" (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, p. 491). Podrían escogerse muchos más ejemplos, y de hecho, en su síntesis final, los editores de este libro reúnen en una serie de mapas (pp. 474-477) las distribuciones de los elementos culturales del 1000, 700, 500, y 250 a.C. que ellos consideran que mejor corresponden con las distribuciones étnicas deducibles de las fuentes literarias (presentadas cartográficamente en la p. 478). El problema que presenta este procedimiento es que no parece haber criterios fijos para seleccionar los elementos definitorios de los grupos étnicos. ¿Por qué escoger para el 700 a.C. "estelas sin escudo en V", "cerámicas incisas tipo «Pico Buitre»", y "topónimos en *-ippo*, *-uba* y *-urgi*" como características de las zonas que llegarían a ser turdetanas, celtibéricas, y oretanas respectivamente? Estos rasgos no son en ningún sen-

tido equiparables: al parecer sólo fueron escogidas porque se ajustaban a las conclusiones a las que las fuentes históricas indican que uno debe llegar.

Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero señalan, sin embargo, una alternativa analítica que se aleja del normativismo: "existe al menos una posibilidad de explorar las etnias a partir de la constatación de que éstas, para reforzar su autoconciencia, emplean rasgos culturales específicos como «demarcadores» y esos rasgos pueden rastrearse en el registro arqueológico" (p. 474). Esto implica una perspectiva funcionalista sobre los «rasgos culturales», una visión más notablemente desarrollada en este volumen en las contribuciones de Ruiz Rodríguez, Burillo Mozota, y Martins y Jorge. Cada uno de ellos expone sus argumentos de manera algo diferente, pero todos están de acuerdo con respecto a que la etnogénesis del primer milenio a.C. ocurrió mientras que se desarrollaba una sociedad aristocrática. Ruiz Rodríguez considera, por ejemplo, que la destrucción de esculturas como las de Porcuna responde a las "contradicciones aristocráticas que reconducirían las clientelas hacia uno u otro lado, pero exigiendo, lógicamente, una drástica actuación contra los símbolos del vencido" (p. 114). Esto viene a decir que los rasgos culturales que definen fronteras o que animan unidades sociales se determinarían en términos políticos, que se «inventarían tradiciones» (cf. Hobsbawm y Ranger 1983) para reivindicar el poder (y los recursos que lo apoyan).

Todo esto implica que las cosas no pueden ser sencillas. Como Burillo Mozota subraya, la unidades políticas, los *oppida* en vías de desarrollo, cada cual con sus emblemas en principio rastreables en el registro, no tienen ninguna necesidad de corresponder a las amplias unidades étnicas definidas por las fuentes clásicas. Al mismo tiempo, la precisión cronológica y contextual del registro arqueológico difícilmente podrá permitirnos desentrañar agrupaciones sociales cuya vida es corta: un siglo es mucho tiempo para una coalición política coyuntural y muy poco para una subdivisión secuencial arqueológica. La información contradictoria contenida en las fuentes clásicas puede ser el resultado no sólo de los datos deficientes manejados por escritores alejados de su tema, sino también de la volatilidad del fenómeno que describen. El camino de una arqueología política es indudablemente difícil. El gran mérito de este volumen es que su lectura crítica nos indica con toda claridad la dirección que deberíamos tomar.

ANTONIO GILMAN GUILLÉN  
Department of Anthropology  
California State University  
Northridge, CA 91330-8244

## BIBLIOGRAFÍA

HOBBSAWM, E. y RANGER, T. (1983): "*The invention of tradition*". Cambridge University Press. Cambridge.

---

CLAUDE ROLLEY. "*La sculpture grecque. I: Des origines au milieu du Vème siècle*". Les Manuels d'Art et d'Archéologie Antiques. Collection dirigée par Gérard Nicolini. Picard Editeur. Paris, 1994, 438 pp. 15 figs. color, 435 figs., 3 mapas. ISBN: 2-7084-0448-2.

---

Es tradicional en la labor editorial francesa su preocupación por la publicación de manuales, obras didácticas y de síntesis, y grandes repertorios de arte y arqueología. Creo que hay que aplaudir este afán en un momento en que la especialización de los conocimientos, la multiplicación de datos y de análisis diversos y, felizmente, contrapuestos apabullan las mejores intenciones de lectores decididos a acercarse a mundos cada vez más complejos, por caminos cada vez más intrincados. Obras de síntesis, puestas al día, que, sin perder de vista la complejidad del tema abordado ni la diversidad de enfoques habidos en su análisis, nos allanen un camino sembrado de innumerables artículos y trabajos monográficos especializados, detallados y minu-

ciosos. Especialmente agradecidos serán los lectores ajenos a este campo concreto de la investigación o aquellos que se inician por primera vez en él.

Sea, pues, bienvenida esta obra concebida como manual, que trata de ofrecer una visión de conjunto y, sobre todo, una puesta al día de un tema tan complejo como es el de la escultura griega. Un tema que, frente a lo que una visión demasiado simplista pudiera suponer, presenta cada día más preguntas que respuestas. Quizás la larga historia de una tradición de estudio que abarca más de dos siglos (pongamos la fecha tópica de comienzo en la publicación de la obra de Winckelmann: 1767), y un ingente número de contribuciones, debatidas unas y decisivas otras, pudiera dar la impresión a los no iniciados de que poco más se puede decir sobre manifestaciones culturales tan conocidas como, por ejemplo, las *korés* de la Acrópolis, el Auriga de Delfos, el Diadumeno o el Altar de Zeus en Pérgamo. Creo que el arte griego es uno de los temas que con mayor frecuencia ha caído en el tópico de lo ya sabido, del conocimiento inmutable o mínimamente modificable. No sólo los nuevos hallazgos, sino también las nuevas corrientes teóricas y de análisis, y la ruptura de los viejos límites trazados a los conceptos "escultura" y "griega", desmontan rápidamente las ideas preconcebidas.

Se enmarca la obra de Rolley en una colección, *Les Manuels d'Art et d'Archéologie Antiques*, dirigida por Gérard Nicolini, de la que éste es el primer tomo publicado de una serie en la que se anuncian otros dedicados a la arquitectura y pintura griegas, y arquitectura, escultura y pintura romanas. Se presenta como una colección dirigida fundamentalmente a universitarios, pero también a un público amplio no especialista. Ello, sin embargo, no impide, y éste es uno de los grandes méritos de esta obra, que predominen en ella el rigor, la actualidad y la novedad científica. Se trata, en este primer tomo, de la historia de la creación escultórica griega desde sus inicios en el siglo X hasta mediados del siglo V a.C.

La obra está estructurada en seis partes: una introducción referida a toda la historia de la escultura griega, desde el siglo X a la época helenística, en la que se define la materia a tratar y se habla de los artistas, materiales y técnicas; una segunda parte dedicada a los comienzos de la escultura griega, desde el siglo X al VIII; la tercera parte está dedicada a la escultura del VII; la cuarta a la escultura del siglo VI; y la quinta al estilo severo de la primera mitad del siglo V. Se cierra este primer tomo en el momento anterior a Fidias y al programa escultórico del Partenón.

Presenta esta obra dos grandes novedades, al menos en el contexto de los manuales: la ampliación del concepto "escultura", y la ampliación del concepto "griego". Estamos acostumbrados a manuales en los que por escultura se entiende sólo la "gran escultura" en mármol, piedra o bronce, y se desentiende o minimiza la pequeña toreútica en bronce o en terracota, respondiendo a aquella división decimonónica de la creación artística en "Bellas Artes" y "artes menores". Rolley trata por igual, al menos valora por igual, la escultura de un frontón de un templo, como una acrótera, una estela funeraria, como un pequeño bronce votivo, una figura de un atleta en mármol de tamaño mayor que el natural, como un pinax de terracota. Incluso nos muestra cómo son a veces los pequeños bronceos o las terracotas las que mejor pueden definir un estilo, la transición o evolución de un periodo a otro.

Por otra parte, muchos manuales, si no estaban marcados por un claro "atenocentrismo", se limitaban a la escultura producida en estos siglos (X-V a.C.) en Grecia continental y, como mucho, daban un rapidísimo vistazo a las creaciones de las colonias griegas de Asia Menor y Magna Grecia. Rolley amplía el círculo hasta la Península Ibérica, pero de ello hablaremos más adelante. También se amplían los límites cronológicos tradicionales, muchas veces fijados en el siglo VII, con el comienzo de la llamada "escultura dedálica". Llama la atención, por lo inusual, el espacio dedicado precisamente a la plástica geométrica, de los siglos X al VIII.

Entre los aspectos más destacables y novedosos (siempre referidos al contexto de los grandes manuales de arte), se sitúa la introducción, que Rolley titula *¿Qué es la escultura griega?*. En ella trata, efectivamente, de mostrarnos no sólo qué debemos entender por escultura, sino también cuáles fueron los tipos principales, qué función tuvieron y en los contextos para los que fueron realizadas. Para ello utiliza tanto los datos arqueológicos, como las referencias de los autores antiguos, ofreciéndonos así un panorama más amplio, no limitado a lo que se ha conservado. Nos presenta de esta forma una tipología muy variada de la escultura griega, inmersa en su contexto funcional: templos, santuarios, necrópolis, palacios, ágoras, etc.

Destacaría también, en esta primera parte, el capítulo tercero, dedicado a materiales y técnicas, claro, detallado y riguroso, y con planteamientos y perspectivas novedosas, especialmente en cuanto al bronce, materia en la que Rolley es un gran especialista. Lo es en cuanto a la descripción de las técnicas, y también en cuanto a la valoración de los métodos de análisis físico-químicos y su finalidad (más clara en relación al bronce, porque en relación a la piedra se limita a decir que son fundamentales para identificar las canteras,

y no habla de su importancia para estudiar sistemas de producción, comercialización, etc.). A través de ejemplos de diversas épocas trata de recorrer el amplio espectro de posibilidades técnicas y de soluciones dadas con los diversos materiales empleados, para mostrarnos cuán diverso y rico es el universo de la plástica griega. El problema de la policromía y el color no es nuevo, pero se le presta la atención que merece para recordarnos que la visión de una estatuaria griega “desnuda”, “blanca” o del color del bronce, es una recreación idealizada e idealizante dieciochesca, heredada del Renacimiento. La policromía a base no sólo de pintura, sino del contraste de materiales: mármol y piedra, mármol y bronce, oro y marfil, incluso vidrio. Y la pintura, su empleo para reforzar efectos y detalles de la composición, o resaltar elementos del modelado, y en algún caso su valor simbólico.

El resto del libro está dedicado al análisis de la plástica griega desde los siglos X al V, y es en su comentario donde debemos detenernos. En esta parte la obra de Rolley presenta, a mi parecer, grandes aportaciones, pero también algunos problemas.

La aportación mayor es el reconocimiento, la definición de escuelas y estilos locales, especialmente para los siglos VIII al VI, pues para el siglo V el panhelenismo del estilo severo enmascara las peculiaridades regionales que tan claramente se podían percibir en la escultura arcaica. En esta parte el mérito consiste en ofrecer un cuadro completo, complejo pero preciso, de los estilos, valorando todos en su justa medida, sin caer en “centrismos” y resaltando lo problemático de las calificaciones de “periférico” o “provincial”. El tema del estilo es tratado con acierto. Es un tema que, aún reconociendo la posible subjetividad en su definición, Rolley liga a la polis, como elemento definidor de una ciudad frente a las demás, de su identidad cultural (Cf. en este sentido, aunque en un análisis más ligado al desarrollo socio-político, Whitley, 1991). Sólo hay estilos originales y definidos en la parte del mundo griego que adopta la forma política de la ciudad, y sólo en ellas. Las regiones definidas como pueblos, etnias, o ligas, suelen adaptar, copiar o mezclar formas y fórmulas de otros (afirmación que habría que matizar para muchos de los casos, especialmente los occidentales).

El desarrollo en la definición de estos estilos y escuelas, especialmente logrado a pesar de la complejidad y dificultades del tema, y la importancia que le concede, le han obligado a concebir una estructura de la obra un tanto problemática. Y creo que el problema reside en el intento de contemporizar entre dos líneas de argumentación diferentes, muy evidente, sobre todo, en la parte dedicada a la escultura arcaica. Así, el autor critica a Richter (1960, 1968) por negar, en el estudio de los *kouroi* y *korai*, las distinciones regionales, “que se pierden en un progreso común”. Para Rolley el esquema evolutivo de Richter es falsamente meridiano, critica su visión de una evolución absolutamente coherente, olvidando las rutinas, los conservadurismos, incluso las incoherencias. Frente a esta línea, que prima el análisis evolutivo de la escultura, el progreso, la cronología, ejemplificada por Richter, pero de la que participa toda la escuela anglosajona, “el problema importante para muchos historiadores de la escultura griega no es tanto datar las obras, sino el atribuir las a una región, a un pueblo, a una ciudad, y definir estilos que tengan un significado de alguna manera geográfico, y no cronológico” (pág. 243). Si el análisis “cronológico” difumina la variedad de las escuelas y la riqueza creativa de las ciudades, el “geográfico” tiende a difuminar la visión de conjunto y a perder de vista el proceso evolutivo. Lo que no sabemos es cuál de las dos opciones elige Rolley, porque parece intentar contemporizar con las dos, y, de ahí, la estructura un tanto confusa de la obra.

Efectivamente, en la segunda parte, dedicada al nacimiento de la escultura griega, desde el siglo X al VIII, hay una división u ordenación que en principio parece cronológica (cáp. 4), pero que luego continúa desde el punto de vista tipológico (cáp. 5), para pasar a los estilos del siglo VIII (cáp. 6, 7 y 8). No entiendo muy bien la separación entre el capítulo 6 (*Los estilos del siglo VIII. I. La Grecia del Sur*), ordenado tipológicamente y por talleres, y el capítulo 7 (*Los estilos del siglo VIII. II. Santuarios, ciudades y pueblos*), ordenado por talleres, donde vuelve a repetir muchos de los datos mencionados en el capítulo anterior, aunque introduce los talleres de Grecia del Norte. En la cuarta parte, la escultura arcaica, al principio (cáp. 16) habla de la evolución de la escultura arcaica, cronología y dataciones, luego (cáps. 17-21) nos muestra una ordenación tipológica (*kouroi*, *korai*, escultura arquitectónica, relieves), donde nos habla de cronología y evolución (excepto en el capítulo dedicado a los relieves, que no es un estudio evolutivo, sino una enumeración y descripción de ejemplos ordenados tipológicamente y luego geográficamente). Luego, en los capítulos siguientes (cáps. 22-26), pasa a describirnos las escuelas y los estilos, ordenados geográficamente, con lo que muchos datos se repiten de unos capítulos a otros. Quizás, si Rolley concede tanta importancia a las diferenciaciones regionales, hubiera sido más clara una estructura ordenada por escuelas y zonas geográficas, y dentro de ellas por tipos y por dataciones. Podría haber hablado, por ejemplo, de Atenas o de Corinto, y mostrarnos los *kouroi*, *korai*, relieves, frontones y metopas áticas o corintias. Pero para ello tendría que haber elegido una opción, y elegir supone definirse.

El problema de fondo es el enfrentarse a una valoración de la escultura griega como "progreso", estudio, análisis de posibilidades técnicas y estilísticas, conquistas, etc. Pero, ello supondría aceptar que hay un fin hacia el que tiende el progreso, que bien podría ser la conquista de la representación natural, por ejemplo, y de ahí a la consideración evolucionista de un arte "primitivo", no desarrollado, inexperto, balbuciente, y de un arte pleno, absolutamente realizado y perfecto, no hay más que un tenue hilo de separación. Rolley califica el problema de "lo real", "lo natural", como una serie de prejuicios frente al arcaísmo, "mezcla de gusto burgués y de ilusión positivista con la idea de un progreso consistente en acercarse a una "verdad" que, en el límite, será el modelado del cuerpo viviente" (pág. 161). En relación con el Estilo Severo (pág. 318), Rolley califica las nociones de progreso, de conquista del realismo, como nociones falsas, pero no puede negar que ha habido transformaciones, esencialmente la ruptura de la frontalidad. Pero, ¿en qué consiste, entonces, la transformación? Más adelante dice: "El cambio es claro. Mattisch tiene razón al ponerlo en relación con el desarrollo de la gran estatuaria de bronce, que técnicamente hace más fáciles las posturas agitadas, en algunas estatuas divinas como en las estatuas de atletas" (pág. 320). ¿Se trata, entonces, de una mera evolución de la técnica, que permitió nuevas posibilidades expresivas? ¿Se trata sólo de un cambio de estilo, de "gusto", de convenciones?

Y esto nos lleva a otro problema que está presente en la obra de Rolley: su excesivo énfasis en los aspectos técnicos, en la tipología, su análisis formal, pero raramente conceptual. A lo largo de los capítulos he echado en falta, en las esculturas de bulto redondo, nociones y conceptos tan importantes como reglas de composición, estructura general de las figuras, paratactismo, análisis, descomposición de elementos, síntesis, visión unitaria, o, por qué no, inmutabilidad, esencia, existencia, devenir. En el capítulo dedicado a la escultura arquitectural de época arcaica no menciona problemas tan importantes como la unidad de composición, unidad de tema o unidad de escala, es decir, de nuevo el análisis frente a la síntesis. Rolley lo enfoca todo desde un punto de vista técnico, no "ontológico". Así, por ejemplo, cuando compara la Cabeza Rayet con el Efebo Rubio (pág. 287). Aunque ésta última sea anterior a la destrucción de la Acrópolis por los persas, es decir anterior al momento en el que se suele marcar la transición del arcaísmo al estilo severo, es algo nuevo. Hay una ruptura entre una obra y otra que en el texto de Rolley no queda suficientemente marcada. Si se analizan sólo los aspectos técnicos y de estilo, se pierde de vista que hay algo más profundo: el diferente espíritu que anima a una y a otra, la visión analítica frente a la unidad y la síntesis, o siguiendo a W.Fusch (1963), la representación del ser frente a la representación del existir, del devenir, o, como dice Pollitt (1984), de lo inmutable frente a lo mutable. Y éstos no son simples conceptos estéticos, sino que son expresiones metafóricas de una "realidad", que responden a determinadas concepciones del hombre y del mundo, y que están condicionadas por un sistema ideológico concreto. Se trata, en suma, de dotar de contenido a la obra escultórica, de saber cuál fue el sistema económico, la ideología sociopolítica que condicionó el mensaje que el escultor transmitió. Se trata, por tanto, de entender que la creación artística es un proceso de comunicación, y de saber cómo se produce, qué es lo que se comunica, con qué intención y de qué forma se comunica.

Una apreciación surge tras la lectura de los capítulos dedicados a la escultura desde el siglo X al VI (el tratamiento del estilo severo se aparta algo más de estos reparos): hemos obtenido una visión muy clara de las tipologías, de las series, estilos, grupos, talleres y cronologías. Pero, al final, seguimos sin saber a qué concepción del mundo, de la naturaleza y de la sociedad responden, y qué cambios en esa concepción reflejan (por ejemplo: en pág. 110 nos dice que el descubrimiento del rostro a fines del siglo VIII "refleja un cambio profundo en las mentalidades", pero no nos dice cuáles son esas mentalidades ni en qué consiste el cambio). No se establece una conexión entre estas figuras de dioses y hombres, y la representación de sus acciones, con el sistema ético, o religioso, o ideológico de la sociedad griega de estos siglos. Nos gustaría, por ejemplo, saber en qué medida se reflejan ciertos valores, como los agonísticos, o la ética del "parecer" frente al "ser" (Rodríguez Adrados, 1983), o de la *areté* aristocrática (Finley, 1961; Vernant *et alii*, 1991), es decir, la ideología que sustenta y legitima el predominio de determinadas élites sociales, en la plástica griega. En definitiva, y a pesar de breves y esporádicas referencias, falta un análisis de conjunto del contexto social, político e ideológico en el que se enmarca la plástica de los siglos X al V.

Así, en el capítulo 2 de la introducción nos habla de el escultor y su público, del estatus social de los escultores a partir del estudio de las dedicaciones y de las referencias antiguas a los salarios. Muy interesante es el problema del cambio en la consideración del escultor a partir del siglo V, la diferenciación entre "artista" y "artesano", un problema que Rolley aborda desde la perspectiva de las referencias en los autores antiguos, pero que se queda en el mero enunciado. Efectivamente, no nos explica a qué se debe ese cambio desde el arcaísmo al clasicismo, cuál es el trasfondo social, político e ideológico que lo condiciona. Aunque al comienzo de cada parte introduce un capítulo en el que traza un marco histórico, a veces (cáp. 15) se trata de una

narración de hechos y no de un análisis de la evolución de las estructuras económicas, sociales y políticas que determinan las diferentes realizaciones artísticas. Ni siquiera en el terreno iconográfico hay una explicación del trasfondo sociopolítico que condiciona la elección de los temas. La gran excepción, además de breves referencias para los programas iconográficos de los templos y para otros ejemplos puntuales, es el capítulo dedicado al Templo de Zeus en Olimpia, excelente, claro, conciso, pero también profundo, y ofreciendo respuestas a las preguntas que hemos planteado más arriba.

El análisis iconográfico es uno de los grandes ausentes, un análisis desde perspectivas actuales, semióticas, estructuralistas, o como fueran. Pues no debemos olvidar que la escultura (y no sólo los frontones, metopas o relieves), como la pintura, narra algo y esa narración tiene sus propias leyes, estructuras y códigos, que debemos traducir o desentrañar. Quizás una obra de este tipo no pueda pretender abarcar un campo tan amplio como éste, pero debía haber introducido al menos algunos de sus planteamientos, si quiera como breve referencia historiográfica.

La obra se cierra con un capítulo dedicado a la "irradiación" de la escultura griega en ámbitos no griegos. La introducción de este capítulo supone una novedad en manuales de este tipo, y también un cierto atrevimiento que aplaudimos, pues el tema es difícil. Rolley nos plantea tres círculos, culturales y geográficos: el primero en el que se incluyen obras cuyos autores y los que las encargaron conocían directamente la escultura griega y querían que fuera de estilo griego; un segundo círculo donde incluye producciones que dependen de la escultura griega pero con una autonomía que no tienen las del primer círculo; y un tercer círculo en el que el estilo no tiene nada de griego, pero no existirían en su contexto sin el desarrollo de la escultura griega (divisiones que implican a veces matices bastante subjetivos). En el segundo círculo incluye ciertas producciones escultóricas de Chipre, Etruria e Iberia (en este caso sólo la cabeza del Llano de la Consolación y la cabeza de Porcuna).

Lo peligroso de introducir un capítulo de este tipo, con un espacio tan limitado que no permite precisiones ni matizaciones, es valorar las producciones ibéricas o etruscas siempre en referencia a las griegas y, por tanto, siempre como derivaciones "periféricas" -por mucho que el autor reniegue de esta palabra-, y por mucho que se reconozca su autonomía. Todo queda reducido a un problema de estilos, donde buscar semejanzas, "inspiraciones", rasgos técnicos comunes. Pero no se trata de recepción estática de técnicas e imágenes, sino de transformaciones dialécticas, o, dicho con mayor rigor, de cambios en el sistema sociotecnológico (Perea, e.p.), algo muy diferente a la "adopción" o "inspiración", y a través de muy diversos sistemas y procesos de interacción, algo muy diferente de la "aculturación". Y ello implica muchas otras cuestiones, económicas, sociales, políticas, ideológicas, que quizás no sea éste el sitio para tratar, pero que en la obra de Rolley no aparecen.

En definitiva, una obra con grandes y decisivas aportaciones, pero con algunas ausencias que, en los tiempos en los que nos movemos en el análisis histórico, me parecen excesivamente llamativas.

PALOMA CABRERA BONET  
Departamento de Antigüedades Griegas y Romanas  
Museo Arqueológico Nacional  
Serrano, 13  
28001 Madrid

## BIBLIOGRAFIA

- FUCHS, W. (1969): *Die Skulptur der Griechen*. Hirmer Verlag. München.  
 FINLEY, M.I. (1961): *El mundo de Odiseo*. Fondo de Cultura Económica. México.  
 PEREA, A. (e.p.): "Propuesta teórica para una aproximación global a la imagen ibérica: el ejemplo del cambio y la transmisión iconográfica en metalistería". *Al otro lado del espejo. Aproximaciones a la imagen ibérica*. CSIC. Madrid.  
 POLLITT, J.J. (1984): *Arte y experiencia en la Grecia Clásica*. Xarait ediciones. Bilbao.  
 RICHTER, G.M.A. (1960): *Kouroi. Archaic Greek Youth*, 2ª ed. Phaidon Press. London.  
 — (1968): *Korai. Archaic Greek Maidens*. Phaidon Press. London.  
 RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1983): *La democracia ateniense*. Alianza Universidad. Madrid.  
 VERNANT, J.P. (ed.) (1991): *El hombre griego*. Alianza Editorial. Madrid.  
 WHITLEY, J. (1991): *Style and Society in Dark Age Greece*. New Studies in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.

---

CELEBRACIÓN DE LA 1ª REUNIÓN DE TRABAJO SOBRE APROVISIONAMIENTO DE RECURSOS LÍTICOS EN LA PREHISTORIA

---

Durante los pasados días 16, 17 y 18 de Diciembre de 1994 se celebró en el Departament de Prehistòria i d'Arqueologia de la Universitat de València la 1ª Reunión de Trabajo sobre Aprovechamiento de Recursos Líticos en la Prehistoria. Esta reunión fue organizada con la intención de propiciar un encuentro entre los distintos profesionales que en el ámbito nacional realizan estudios referentes a esta temática, con la finalidad de debatir y contrastar los distintos marcos teóricos, metodológicos y analíticos que se vienen desarrollando, así como los resultados alcanzados a partir de la aplicación de los mismos.

El carácter que se quiso imprimir a este primer encuentro (reunión de trabajo) tenía como objetivo priorizar el debate frente a la simple exposición de resultados, para lo cual ya existen otros mecanismos más apropiados (congresos y revistas especializadas). Con esta finalidad, se requirió a los participantes que remitieran sus intervenciones por escrito a la organización para que las mismas fueran difundidas mediante la elaboración de un dossier de trabajo a la totalidad de los participantes con anterioridad a la celebración de la reunión.

Como punto de partida, la organización propuso cuatro sesiones en torno a las que se estructuró el debate :

- el marco teórico de las investigaciones
- métodos de caracterización de las diferentes litologías y su empleo en los estudios arqueológicos.
- interpretación de resultados en economías de caza-recolección
- interpretación de resultados en economías productoras.

Finalmente, la reunión se completó con una última jornada de visita a distintos yacimientos arqueológicos del País Valenciano.

Dada la especificidad de la temática de la reunión, cabe considerar un éxito el nivel de participación, tanto a nivel de asistencia (acudieron unos 50 investigadores de distintos puntos de la geografía estatal) como de intervenciones (fueron remitidas un total de 19 intervenciones al comité organizador).

El grado de participación fue desigual para las distintas sesiones celebradas. Las sesiones correspondientes a los métodos de caracterización de las diversas litologías y aquellas dedicadas a la interpretación de resultados alcanzaron un número similar de intervenciones, mientras que en la sesión correspondiente al marco teórico de las investigaciones el nivel de participación fue notablemente menor.

Cabe señalar, en esta sesión, la presentación del concepto de *producción lítica* como una alternativa generada al concepto de *chaîne opératoire*, muy extendido especialmente entre los estudios referentes a cronologías de Prehistoria antigua.

La sesión correspondiente a los métodos de caracterización de las diferentes litologías y su empleo en los estudios arqueológicos fue, quizás, la más plural, dada la variedad de métodos y técnicas que sobre esta cuestión se están desarrollando en la actualidad y la diversidad de la naturaleza de los materiales sobre los que se están aplicando (calizas, sílex, variscita, cerámica, etc.).

Con todo, se convino en que los distintos métodos de caracterización deben ser aplicados en función de la naturaleza de los materiales a analizar y de los objetivos que a partir de su estudio se espera alcanzar, rehuendo la vieja analogía técnica más sofisticada/mayor validez de los datos.

Finalmente, en las sesiones correspondientes a la interpretación de resultados, se expusieron y debatieron los resultados obtenidos en los trabajos que están llevando a cabo diferentes investigadores.

Para acabar, recoger la opinión unánime entre los participantes en la 1ª Reunión de Trabajo sobre Aprovechamiento de Recursos Líticos en la Prehistoria sobre el interés de repetir estos encuentros en el futuro con cierta asiduidad, planteando una periodicidad de dos o tres años, en distintos puntos de la geografía nacional.

FRANCISCO CARRIÓN MÉNDEZ  
Departamento de Prehistoria y Arqueología  
Facultad de Filosofía y Letras  
Campus de la Cartuja  
18011 - GRANADA

TERESA OROZCO KÖHLER  
Departament de Prehistòria i d'Arqueologia  
Universitat de València  
Avd. Blasco Ibañez 28  
46010 - VALENCIA

XAVIER TERRADAS BATLLE  
Laboratori d'Arqueologia  
Institució Milà i Fontanals C.S.I.C.  
C/Egipciques, 15  
08001 - BARCELONA

---

EL II CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA PENINSULAR A CELEBRAR  
EN ZAMORA EL AÑO 1996

---

El año 1990 comenzó nuestro contacto con el Prof. Vitor Oliveira Jorge, Catedrático de Prehistoria de la universidad portuguesa de Oporto. Siguiendo una idea de su propiedad, comenzamos a organizar el primer Congreso de Arqueología Peninsular, con sede en Oporto y con tres Secretarios Generales, el Prof. Oliveira Jorge por la parte portuguesa, y nosotros dos por la parte española.

La idea entonces iniciada por el Dr. Jorge y secundada por nosotros recogía una inquietud que ya habíamos tratado en los círculos del gremio, tanto españoles como portugueses, y que consistía en la necesidad de establecer sistemas regularizados de reunión entre los arqueólogos peninsulares, pues nuestros problemas e intereses eran muy coincidentes, y el contacto organizado podía dar resultados científicos que aceleraran nuestro trabajo, aparte de significar un nexo de relación real y útil entre nuestros dos países, secularmente acostumbrados a vivir mutuamente de espaldas.

La propuesta de relación científica organizada no se refería solamente, sin embargo, a los arqueólogos portugueses y españoles. A ellos en primer y fundamental lugar, pero también a todos aquellos europeos y norteamericanos que trabajaran en la arqueología de nuestros dos países, que son muchos y cualificados, al tratarse de una de las regiones naturales con mayor riqueza arqueológica de Europa. Se buscaba una auténtica reunión internacional, con presencia de los mejores especialistas mundiales. Naturalmente lo que se pretendió y realizó en el primer encuentro de Oporto, nació con vocación de continuidad, con el afán de repetirse periódicamente a uno y otro lado de la frontera.

El I Congreso fué un evidente éxito, tanto en la concurrencia de especialistas al mismo, como en las comunicaciones presentadas, como, de modo muy importante, en la velocidad de publicación de los volúmenes de actas, de los cuales ya hay 8 publicados.

En la ocasión actual nos corresponde a los españoles la organización del II Congreso Peninsular de Arqueología, ocasión que habrá de producirse dentro de cinco años de nuevo, pues hemos previsto una periodicidad de tres años en la realización de las reuniones, alternativas en Portugal y España.

El conocimiento de la creación de la Fundación Alfonso Henriques en Zamora dentro de los programas europeos dedicados a las regiones fronterizas fué el primer acento que nos impulsó a la elección de la ciudad sede del II Congreso, pues nuestros intereses parecían de todo punto coincidentes. La situación de Zamora junto a la frontera del país vecino, con fenómenos arqueológicos claramente comparables, la riqueza arqueológica de la zona que nos permitiría visitas y excursiones, y sobre todo, la existencia de un grupo intelectual muy activo causante de la creación de la Fundación europea y de la vitalidad del Instituto Florián Ocampo de Estudios Zamoranos, nos acabaron de convencer del interés de una propuesta conducente a la realización de este segundo Congreso Peninsular en la ciudad de Zamora.

## ORGANIGRAMA

Los Congresos Peninsulares de Arqueología tienen una estructura sencilla, que intenta ser funcional y respetuosa al máximo. En primer lugar existen tres Secretarios Generales de los mismos, uno portugués y dos españoles, proponiendo una proporción que se verá repetida cuando se necesite establecer relaciones numéricas. El doble de españoles que de portugueses, proporción que responde en parte al número real de investigadores de uno y otro país y a la dimensión de los dos territorios. No se pretende una correspondencia absoluta sino una referencia general de utilidad operativa.

Junto a los Secretarios Generales, existen dos comités científicos, formados por 7 profesionales cualificados, en el caso portugués, y 17 en el caso español, que se ocupan fundamentalmente de la selección y control científico de las comunicaciones y ponencias presentadas, con un criterio abierto aunque estricto que pretende conseguir reuniones de alto nivel y manifestaciones científicas punteras, donde, además del contacto con los colegas del país vecino, se consigan avances importantes en nuestra ciencia.

Cada comité funciona de un modo muy autónomo, empezando por el concepto económico, que para las versiones portuguesas gestionan los portugueses y para las españolas los españoles. Cada uno es responsable de la selección que realiza con las comunicaciones procedentes de su país, y de las determinaciones que cada comité adopta, que se ponen de acuerdo con el otro país a través de los Secretarios Generales, hasta ahora con éxito absoluto. Tan absoluto como el respeto hacia los vecinos, que ha sido para nosotros norma de conducta y ha dado resultados claramente satisfactorios.

El Comité español está formado, en primer lugar por dos Secretarios Generales, Primitiva Bueno Ramirez y Rodrigo de Balbín Behrmann, Profesora Titular y Catedrático, respectivamente, de la Universidad de Alcalá de Henares. Además forman parte del mismo los Doctores:

- Manuel Acien Almansa, Profesor Titular de Arqueología Medieval de la Universidad de Málaga
- Carmen Aranegui Gascó, Catedrática de Arqueología de la Universidad de Valencia
- M<sup>a</sup> Eugenia Aubet Semmler, Catedrática de Prehistoria de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona
- Ignacio Barandiarán Maestu, Catedrático de Prehistoria de la Universidad del País Vasco
- Miquel Barceló Perelló, Catedrático de Historia Medieval de la Universidad Autónoma de Barcelona
- Manuel Bendala Galán, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid
- Germán Delibes de Castro, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid
- Rafael Gonzalez Antón, Director del Museo de Tenerife.
- Manuel Martín Bueno, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza.
- Isabel Martínez Navarrete, Colaboradora Científica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas
- Bernardo Martí Oliver, Director del Servicio de Investigaciones Prehistóricas de Valencia
- Fernando Molina Sanchez, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Granada
- Alfonso Moure Romanillo, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Cantabria
- Mercedes Roca Roumens, Catedrática de Arqueología de la Universidad Central de Barcelona
- Javier Sanchez Palencia, Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas
- Manuel Santonja Gomez, Director del Museo Provincial de Salamanca
- Jose Manuel Vazquez Varela, Profesor Titular de Prehistoria en la Universidad de Santiago de Compostela.

El Comité portugués está constituido, en primer lugar por el Dr. D. Vitor Oliveira Jorge, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Porto y además:

- João Pedro Ribeiro, Facultad de Letras de Oporto
- Susana Oliveira Jorge, Facultad de Letras de Oporto
- Maria Manuela Martins, Universidad de Miño
- Jorge de Alarcão, Facultad de Letras de Coimbra
- Claudio Torres, Campo Arqueológico de Mértola
- J.M. Peixoto Cabral, ICEN-INETI (Sacavém)

Este mero enunciado permite advertir que en el Comité se reúnen profesionales de todo el ámbito español, de los más cualificados científica y profesionalmente, ofreciendo garantías claras de efectividad en la organización de los Congresos Peninsulares de Arqueología.

El Congreso se organiza en secciones, que cubren las especialidades temporales más importantes del desarrollo de la arqueología, desde la Prehistoria más antigua hasta la arqueología bajo-medieval, y que se desarrollan al mismo tiempo, intentando hacer compatibles los intereses de aquellos que desean asistir a más de una.

Las reuniones funcionarán a partir de seis secciones, a lo largo de cinco días, de lunes a sábado, compatibilizando en lo posible aquellas menos próximas temáticamente, para permitir la asistencia de los interesados a las más próximas, que puedan ser objeto de su interés. A partir del sábado se realizarán excursiones post-Congreso. Esto significa que no habrá una primacía temporal para ninguna de las secciones, que comenzarán a funcionar desde el mismo comienzo de la reunión, salvo Primer Milenio y Arqueología Clásica que comenzarán a partir del miércoles.

Podrán inscribirse en este congreso todos los arqueólogos que lo deseen, presentando para ello el título de su comunicación y un pequeño resumen de 10 líneas como máximo. Se entiende por arqueólogo toda aquella persona que haya dirigido trabajos arqueológicos de campo y disponga de datos de novedad e interés para presentar en público. Estos datos no deberán ser tratados en ningún caso de modo inmediato o descriptivo, sino planteando cuestiones y relaciones de carácter más amplio. Los escritos que se envíen para publicar deberán constar de un máximo de 20 folios din A4, en diskette preferiblemente Mc Intosh, y programa MS Word o Mc Write II, y deberán estar en manos de la Secretaría del Congreso al menos en el momento de comienzo del mismo. Los jóvenes investigadores que quieran comunicar su primer trabajo deberán enviar un curriculum abreviado de 1 folio din A4 como máximo.

Se elimina en esta ocasión el apartado específico de *poster*, aunque todo aquél seleccionado para la presentación en público de su comunicación, podrá, si lo desea, completar la información con la presentación

de un poster, o presentar solamente la información en forma de poster, de modo libre y opcional, compatible con cualquier otro soporte, entre los que se cuentan naturalmente los informáticos, en Mc Intosh o PC, que también podrán ser presentados como complemento o como base directa de la comunicación. Las comunicaciones se podrán presentar por tanto, en forma oral, de poster, bajo soporte informático o en varias opciones al mismo tiempo.

Se pretende reunir a todos los arqueólogos que lo deseen, procedentes de *todas las instituciones, escuelas y perspectivas*, superando posibles diferencias entre personas o instituciones. Desde este momento, pues, nos gustaría que los colegas considerasen esta circular como invitación a participar, haciéndose al mismo tiempo eco de la convocatoria, hacia sus colaboradores o compañeros de trabajo más directos.

Las comunicaciones se presentarán mañana y tarde, en un número de diez, salvo miércoles y viernes, donde se reducirá el número, por la realización de excursiones inter-Congreso y clausura del mismo. Aquellas habrán sido seleccionadas por la Comisión Científica, sobre la base de su interés en el momento científico, sin menoscabo de la calidad de las demás, que serán publicadas si se envían a tiempo y cumplen las exigencias básicas de calidad científica y originalidad, pues no es deseable que aquí se presenten comunicaciones ya presentadas en otras reuniones o publicaciones. Se seleccionará un número determinado de intervenciones públicas, con una serie de suplentes por si alguna de las seleccionadas fallara. Tendrán preferencia, a la hora de su selección, todas aquellas comunicaciones que se refieran al tema de: *Transición cultural, técnica o económica entre períodos y épocas*.

Cada una de las secciones poseerá una serie de Coordinadores, miembros o no del Comité Científico, que se ocuparán de promocionar su parcela, moverla y buscar colaboraciones de interés, además de seleccionar las personas que actuarán como presidentes sobre el terreno en las diversas sesiones. Los secretarios serán nombrados entre universitarios o licenciados portugueses y españoles. Las sesiones serán de 10 a 14,05 h. y 16 a 19,30 h., con media hora en cada caso para descanso. Habrá en consecuencia 6 comunicaciones por la mañana y 4 comunicaciones por la tarde. Se prevén 35 minutos por intervención y diez para discusión tras cada intervención. Si ocasionalmente no hubiera intervenciones suficientes, podría establecerse un tiempo final por la tarde para discusiones de mayor profundidad o duración. Con esta organización se pueden presentar en público las siguientes intervenciones:

- 1) *Paleolítico y Epipaleolítico*: 14 comunicaciones.
- 2) *Neolítico*: 35 comunicaciones.
- 3) *Primer Milenio a.C.*: 23 comunicaciones.
- 4) *Arqueología clásica*: 23 comunicaciones.
- 5) *Arqueología medieval*: 35 comunicaciones.
- 6) *Metodología*: 16 comunicaciones.

Este es un esquema provisional que se cambiará si es necesario en relación directa con el número de comunicaciones presentadas en cada sección. En todo caso se trata de revisar la actualidad de las investigaciones en Arqueología peninsular a lo largo de cinco días de reunión científica, donde también se contempla la posibilidad de realizar excursiones cortas durante el desarrollo, quizás de mañana o tarde, algún acto social colectivo de homenaje y confraternización para los asistentes, y alguna excursión post-congreso que acerque a los congresistas a la realidad de la arqueología de la zona.

Los interesados en participar en este *II Congreso de Arqueología Peninsular*, deberán remitir a la Secretaría, en el Area de Prehistoria de la Universidad de Alcalá de Henares, sus fichas de pre-inscripción, antes del 30 de Noviembre de 1995. El 28 de Febrero de 1996, hecha ya la selección de comunicaciones e intervenciones finales, será elaborado un programa definitivo, que se enviará a todos los participantes en forma de segunda circular, momento en el que se deberá proceder al pago de las cuotas de inscripción.

Esperamos que esta convocatoria iguale al menos el éxito obtenido por la anterior de Oporto, y que esta reunión y las que sigan sirvan para consolidar las relaciones profesionales y personales entre los arqueólogos portugueses y españoles, en un espíritu de colaboración que se inició en el I Congreso de Arqueología Peninsular y que nos proponemos que continúe y aumente en el futuro.

**PRIMITIVA BUENO RAMIREZ Y RODRIGO DE BALBÍN BEHRMANN**  
Secretarios Generales del II Congreso de Arqueología Peninsular  
Area de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Alcalá de Henares  
Calle de los Colegios, 2  
28802 Alcalá de Henares  
Madrid